

que algo falta, que algo puede naufragar durante la ruta. Hay razones objetivas para alimentar el miedo a pérdidas y abandonos: muchos libros se han descarrado en tales circunstancias, un vestido viejo pero amado, mis apuntes de preparatoria (un talismán, recuerdo del estudiante al que la fortuna le negó su destino), aquel par de zapatillos recién comprado a la niña, la taza favorita para el café y hasta un televisor.

Así que, a medida que ella embalaba reliquias e instrumentos de cotidiana actividad, cierta angustia me invadió poco a poco. Como nunca, temí que algo grave se hubiera extraviado y fuera irremediable.

Aquel temor fue acentuándose cuando subimos los paquetes, uno tras otro, al camión contratado desde la víspera. Durante el viaje de colonia a colonia, me sentí como aquel caemario que contempla el incendio de un árbol y prueba el calor del fuego bajo la luna, pero no puede preservarlo, pues no sabe llevar la llama hasta su cueva.

La incertidumbre creció mientras metíamos cajas en el mejor apartamento que hemos alquilado en mucho tiempo.

Pronto, aquella ansiedad cedió frente a la noción de certeza: supe que algo no estaba ahí. Al momento fui incapaz de ubicar el faltante. Obvio es decir que, como parte del acuerdo de las alemanías, yo no podía interferir en lo relacionado a

la mudanza, ni interrumpir con observaciones sino hasta concluido el proceso. Por tanto, debí mantener aquel desasosiego en silencio, con la sonrisa más estúpida de mi repertorio, mientras ella iba y venía cerca de mí en aquel trájín sabatino.

Un alarido de tuvo aquella tarde.

—¡La niña!— grité.

Lucía se volvió un instante hacia mí, molesta, con la mirada de una antropóloga cuando descubre alguna antigüalla menor pero que ambiciona más.

—Caja 7-B— dijo y prosiguió su tarea.

Nuestra pequeña Luz estaba ahí, señor locutor, jugando con nuestra colección de cupones viejos, corcholatas con las que casi ganamos, recortes de cajetillas de cigarrillos por enviar a cierto sorteo, boletos que se compran con esperanza repentina y otras probabilidades acumuladas.

—¿Por qué la pusiste aquí?— pregunté intrigado y sin reproche.

—Para ver si nos da suerte— dijo con mueca distraída y persistió en su orden.

Y, ya lo ve, señor, si nos dio suerte: fuimos seleccionados para venir a su programa y contar esto para la tele...

Ahora, dígame, ¿cree que ganaremos su concurso de: «Cuenta su historia y gane una casa»? Usted, ¿qué cree...?

Eduardo Osorio. Narrador, poeta, periodista. Libros más recientes: *Batalla por el eco* (crónica-ensayo, 1990); *El año que se coronaron los diablos* (novela, 1991). Toluqueño.

Este número aparece gracias al patrocinio de amigos y lectores de tunAstral y, en especial, de la Coordinación de Comunicación Social del Ayuntamiento de Toluca, presencia e identidad en la vida cultural del municipio.



carta literaria de la tribu

tunAstral



Número 3. 8 de febrero de 1993.

Editor: Roberto Fernández Iglesias

Dirección: Calle Porfirio Díaz 216.
Col. Universidad,
Toluca, México. C.P. 50130.
MEXICO.



Teléfonos: (72) 19 54 36 y (72) 19 54 28
Se solicita amistad, canje, correspondencia.
Se responde por colaboraciones no solicitadas.

Cafés Literarios tunAstral

todos los lunes 20 horas
Febrero de 1993

8. Rosa María Ruiz (teatro)
15. Pablo Serrano (cuento)
22. Jorge E. Culebro (poesía)

Restaurante Biarritz
5 de Febrero esquina Nigromante
Toluca, México.

El juego de las mudanzas

Eduardo Osorio

3



carta literaria de la tribu

Lucía y yo jamás tendremos casa propia, señor.

Para sobrevivir a tal certeza hemos inventado el juego de las mudanzas.

Debo confesar que, cuando éramos universitarios, creímos en modas humanísticas, de independencia intelectual frente al Estado, de congruencia moral y consecuencia política, revolución de justicia a la vuelta de una esquina, utopía sobre una sociedad que nos daría el mínimo indispensable para vivir con decoro. No quisimos ser una generación perdida para la Historia. Vivíamos la quimera de nuestra formación materialista. Al paso de los años, nuestra imagen pública nos afamó como idealistas, quijotes a ultranza. Crédulos e idiotas, según los pocos amigos que nos quedaron y amistades nuevas que nos trajó esta modernidad que se acostumbra hoy.

Ella estudió antropología, con especializaciones dentro y fuera del país. Así garantizó su derecho al desempleo constante; a dar clases de vez en cuando o impartir cursos esporádicos. Esto, mientras no tuviera cerca de ella a otro nostálgico de movilizaciones y protestas organizadas, enfrentamiento a estructuras anquilosadas y términos similares que aún la seducen.

En mi caso, la situación fue resuelta de modo más sencillo.

Al concluir mi doctorado en economía, bajo la tutela de los grandes maestros de la dialéctica materialista, vino el aluvión postmodernista que relegó mi ciencia, junto con diplomas y galardones académicos, a ser objetos decorativos de cuantos muros me han cobijado desde entonces.

Ahora manejo un taxi. Soy experto en rutas cortas y estudios sobre ahorros de gasolina, conecedor de fluctuaciones en el mercado de refacciones, en la acumulación primitiva de capital y en la administración del tiempo de ocio y de trabajo: mi vida. Pudiera ser peor: que algún día un agente de gesto admonitorio me detuviera en un día sin pasaje para exigir los permisos de manejo que nunca he tenido.

Lucía, enamorada en su juventud de mis afanes reivindicatorios de las masas y de aquella congruencia ideológica que un tiempo me hizo dirigente estudiantil y, luego, líder sindical, me arrastra hoy con su ejemplo a no claudicar en esta hipotética lucha.

Es mi círculo vicioso.

Ella acude a cuanto movimiento ecologista, antiimperialista, laboral, partidista o de cualquier signo. Ante la escasez actual de protestas, le es suficiente apoyar cualquiera de las 174 protestas que, en promedio, suceden cada día en la ciudad. Insiste en participar como antes y yo no puedo actuar de otra manera.

amor es la palabra / poesía, la acción

Algunas veces he tenido oportunidad de colocarme en oficinas de gobierno y grandes empresas, gracias a compañeros antiguos y maestros. Sin embargo, por la idea simple de que mi aceptación ponga obstáculos entre ella y yo, debo continuar al frente del volante, soñar que alguna vez será posible la consigna de que la concesión del taxi es de quien la trabaja.

A cerca de veinte años de unión libre y con una niña que hace cuatro años obligó a casarnos el día que la llevamos al registro civil, hemos aceptado que nuestro juego juvenil fue en grande y perdimos: mover el engranaje de la Historia no nos será dable, al menos por un tiempo. Y, con ello, a olvidarnos de cierta sociedad que nos daría a los dos un mínimo indispensable para vivir y dedicarnos a nuestras ciencias.

Residimos en el país de los sorteos y, dentro de su territorio, hemos variado nuestro juego para mantener la congruencia ideológica y, sobre todo, el buen humor; ahora participamos en cuanta rifa ofrece una casa como premio principal.

Mis conocimientos de álgebra, cálculo de probabilidades, estadística y otros señalan que, con el método de insistencia, no estamos lejos de poseer una casa con un mínimo de comodidades. Aunque, también, una corazonada me dice que todo es una mentira entre nosotros, para no amedrentarnos ante una sociedad que nunca imaginamos vivir.

La fantasía nos lleva a consumir sodas-símbolo de la decadencia capitalista, como adjetivábamos antes; a comer galletas mañana, tarde y noche en algunas temporadas; a modificar la dieta familiar con papitas envasadas en bolsas que traen tarjetas sorpresas, las cuales casi siempre dicen: «insiste; tú eres un triunfador». O como la vez que me encontré un billete tirado en la calle, que fuimos a un restaurante de cierta categoría con la esperanza de que al entrar nos dijeran, con música de mariachi-rock o algo parecido: «felicidades, usted es nuestro cliente un millón. Ha ganado una residencia amueblada, un automóvil último modelo, un perrito pequinés y diez pases para cenar aquí completamente gratis».

—No volvemos a suscribirnos a ningún periódico burgués, multiplicador de ideologías antihumanas, mentirosos, vendido al gobierno y a los partidos oligárquicos. Tampoco a ninguna revista—tronó hace varios años Lucía, luego de enterarse que cierta promoción nos había sido desfavorable.

Cuando tres días después de su exabrupto vino con doce cajas de un cereal extraño y soso, según evidenciaron los colores de sus etiquetas; supe que nos habíamos condenado para

siempre a ser ciudadanos perfectos en el país de los azares.

De hecho, ese fin de semana bebí cuatro cartones de cerveza cuyas corcholatas no traían casa alguna ni premio de consolación, pero que me dejaron una cruda por cerca de dos meses.

Señor locutor, todo está relacionado con todo. Causa y efecto, negación de la negación, etcétera.

Quiero decir que nuestra contestación azarosa a la sociedad que no cambiamos, que no pudimos cambiar, que no se dejó o no supimos cómo revolucionar, trajo consecuencias en nuestra forma de observar y actuar en este mundo.

De ahí, nuestra diversión con las mudanzas.

La primera vez que organizamos un traslado de casa a casa, estuvimos cerca de la tragedia griega; de una «grieta etológica», como caracterizó ella; de un «colapso económico y financiero», como fue mi pésima metáfora.

Para ella, un método es siempre esencial. Y no fue distinto en aquel trasunto que nos confrontó con una realidad inesperada. En cambio, para mí, evitar cualquier preparativo significa renovar mi certificado de ácrata irredento. Desde otra perspectiva, según nos acusamos durante el pleito posterior a los acontecimientos, ella quiso en esa ocasión tener dominio sobre los acasos con la rigidez de su sistema; mientras que yo intenté evadirme de lo cierto con mis modos.

En síntesis: aquella primera mudanza fue un desastre.

Donde ella empaquetó método, yo desenvolví caos; donde yo lié desorden, ella abrió trastornos en cada caja o bulto. Donde Lucía depositó cálculos y reflexiones sobre el viaje, yo destapé el desenfado de mi improvisación.

Tardamos tres meses en reagrupar aquello.

Al poco tiempo, debimos abandonar ese departamento. Aprovechando que ella fue llamada de emergencia para dar su apoyo a cierto pelotón de resistencia en una de tantas huelgas; armé de prisa cajas, bolsas, fardos y me dispuse para un cambio de la noche a la mañana. Cuando supo mi rápida maniobra, imaginó la más terrible mudanza. Para tranquilizarla, prometí hacerme responsable del desembarco y colocación, en el lugar que dijera, de muebles, aparatos eléctricos, artesanías, cuadros, libros, enciclopedias y vajillas incompletas.

Tardé cinco días traduciendo sus requerimientos de adaptación a ese hábitat nuevo. Lucía, con el pretexto de la huelga, prefirió alejarse gran parte de la semana.

A la mudanza siguiente, exigió que, por equidad, siguiéramos sus reglas: numerar cada bulto, cada lío con objetos afines, listando contenidos, intenciones de ordenamiento y anticipación rigurosa al desembarco. Es decir, componer el menaje de acuerdo a como habría de desempaquetarse todo al llegar al departamento que nos esperaba.

Por tres días consecutivos, la ayudé a desenvolver todo con puntualidad y, reconozco, sin los esfuerzos que padecí du-

rante la mudanza anterior.

Mi objeción única fue al solicitar datos sobre mis calzoncillos. Ella revisó su lista y respondió que mis intimidades se encontraban en la caja 48-A. Cuando me dispusiera a la localización respectiva; ella gritó que me detuviera, que no la desordenara; apenas iba en la caja 32.

Mi carácter es simple, señor; afable, según catalogaría algún novelista. En la parsimonia radican mis ventajas personales y, aquel día de las cajas numeradas, demostré que, en caso necesario, puedo gritar once veces más fuerte que Lucía.

Por un par de semanas intercambiamos sólo nuestros silencios, hasta que el apremio de reubicar mis efectos personales y los requerimientos de ella por acomodar muebles que sólo dos pueden mover, nos impuso un trato diplomático, una tregua, una reconciliación, la más dulce y agotadora... La conciliación real.

Al analizar el problema, bajo metodología dictada por ella, resolvimos nuestro diferendo por medio de la altermancia.

En sucesivas mudanzas, acordamos por unanimidad, dejaríamos que una vez ella y, la siguiente, yo; habríamos de determinar cada uno el sistema para el cambio de uno a otro lugar. Es decir, una vez, iríamos a nuestro destino con cajas numeradas y listado; a la siguiente, *in promptu*.

No fue, por supuesto, acceder al mundo feliz de migrantes dentro de la ciudad, nómadas a falta de patrimonio, sedentarios mientras el casero no decida vender el edificio o corremos porque Lucía organizó algún frente de inquilinos; o, cuando la unilateralidad nos corresponde, haviados de ratas en tropel, vecinos musicales, cañerías irreparables, muros caldos o igual que hace dos años, por el derrumbe del techo sobre una cuna vacía.

Durante el cambio más reciente, Lucía se encargó de todo el movimiento, de la colonia Anzures a la Narvarte.

Desempeñó las decenas de fardos que ya han conocido veintitantos camiones de mudanza; cajas nuevas que sustituyeron las cajas vencidas e hizo la actualización requerida en listas y etiquetas. Con su paciencia habitual, dispuso el sitio de cada objeto; meditó sobre cómo colocar libros y discos adquiridos entre los dos últimos traslados y clasificó, con su caligrafía geométrica y pulcra, la ubicación de cada cosa.

Debo confesar, y en este caso es fundamental, señor locutor, que cuando uno efectúa el ordenamiento correspondiente del menaje, el otro sufre de manera intensa. Siempre parece

